

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

¡Ave, mercado...!

En cinemascopio y a todo color hemos visto decenas de veces el espectáculo del circo romano atestado de gente, con el emperador que presidía la fiesta y la entrada de los gladiadores que se dirigen al palco imperial, levantan los brazos y gritan: "¡Ave César, los que van a morir te saludan!". Y después venía la lucha a muerte, la más alta expresión de la libre competencia, hasta que uno o más de los competidores quedaban exánimes en la arena.

Los emperadores romanos sabían que para contentar a la plebe bastaba darle un magro pan y un gran circo. No se ha inventado hasta ahora un circo más electrizante y apasionante que el romano, donde se competía para vencer o morir.

Los griegos, menos refinados que los romanos, cumplían su deber de dar circo a la población con juegos de destreza cuyo punto culminante eran las Olimpiadas, en que la muerte era sustituida por la deshonra y se premiaba a los vencedores con una corona de laureles.

Fue el nacimiento de las competencias deportivas, que han servido de entretención y pasión de las multitudes en nuestra civilización occidental. Entre nosotros, ha sido el fútbol la competencia que ha apasionado a las masas; en ella la muerte de los gladiadores tiene su equivalente simbólico en el

descenso a Segunda División y la corona de laureles ahora está representada en diferentes y extrañas copas que los vencedores besan y se la llevan al Presidente de la República para que la bese a su vez.

Ese es nuestro imprescindible circo popular, en el que nos aliviarnos de las frustraciones semanales gritando el gol, insultando al árbitro y, de vez en cuando, en el paroxismo de la pasión, quemando graderías y lanzándoles piedras a los carabineros.

No cabía imaginar que hubiera una competencia más espectacular.

Pero nos equivocamos. El fútbol es para las masas, pero en otros estadios, visitados por la gente bien, hacía tiempo que se estaban realizando competencias que nada tienen que envidiarle al circo romano, pues aquí unos gladiadores premunidos de computadoras, de musculatura ingenieril, movían inmensas armas financieras y estaban dispuestos a vencer y matar al rival.

Era la tan mentada libre

competencia de la que tanto habíamos oído hablar, pero de la que en verdad tan poco sabíamos. De pronto, a fines del año pasado, el ardor y la pasión de una de las tantas libres competencias trascendieron a nosotros, los hombres comunes, y entonces nos dimos cuenta de que eso del fútbol era un alpargata al lado de esta batalla, que se presumía terminaría con un vencedor, varios competidores mal heridos y otros definitivamente



muerdos.

Había que vernos a nosotros, insignificantes pigmeos futboleros, contemplar atónitos tan singular competencia, que parecía a "finish". Y aunque nada sabíamos de las reglas de este nuevo juego, nos dábamos cuenta de que lo que hacían esos gladiadores del multicarrier era mucho más apasionante que un gol del Matador Salas, un pase de Gorosito o una atajada del Súperman Vargas.

Yo, al menos, quise saborear tan insólito espectáculo en todas sus posibilidades emotivas y me hice asesorar por un amigo economista. Y cuando vi que un gladiador le pegaba un tarifazo a otro dejándolo al parecer exánime, grité como correspondía "¡Foul!". El amigo economista meneó la cabeza y me dijo "No seas bruto, en esta competencia no hay fouls". "Pero si sigue así van a matar a ese otro chicoco que está en el suelo", argüí yo. "De eso se trata,

pues hombre. El juego no tendría gracia si todos los contendores quedaran vivos". "¿Y el árbitro? ¿Qué hace el árbitro que no lo impide?", reclamé escandalizado, y mi amigo economista me respondió: "Tenías que mostrar tu hilacha socialista. En este juego no hay árbitro, a lo más tiene un rol subsidiario, pero de lo que se trata es de que no se meta; si no dejaría de ser libre competencia y no tendría gracia".

Cuando el juego terminó, un gigantón que se llamaba Entel parecía ser el vencedor, pero se hallaba en tan mal estado que me atreví a comentar: "Es una victoria a lo Pirro. Mira como le cae la sangre". Ahí mi amigo se enojó por mi ignorancia "Eso que baja - me explicó - no es sangre, son sus acciones. Pero no es para preocuparse. Se repondrá". "¿Y ese gladiador que quedó en la arena dando saltitos?" "Seguirá así por un tiempo y luego morirá". Y después me dijo: "Este juego es tan bueno porque es natural, va de acuerdo con la naturaleza humana y con la humanidad entera, que desde que existe sabe que siempre el pez gordo se come al chico.

-¿Y el Nafta? -me atreví a preguntarle. Ahí nos vamos a meter con peces grandes.

Pero mi amigo no me respondió porque ya se había ido. Seguramente no me escuchó... o se hizo el sordo.

TRIBUNA

RAUL SOHR

Un error de mil millones

Las autoridades económicas brasileñas cometieron un grueso error: estimaron preliminarmente que el déficit comercial de diciembre sería de 47 millones de dólares, pero en definitiva será de unos mil millones, debido al aumento imprevisto de las importaciones.

El asunto no pasaría a mayores de no ser por el extremo nerviosismo que se observa en las economías latinoamericanas. Desde la devaluación del peso y la caída de la bolsa en México, existe gran aprensión en el mundo sobre la salud de las finanzas regionales.

El año pasado, la moneda brasileña, el real, se revaluó 30%: hoy nadie quiere tener dólares en Brasil y todo el mundo ahorra en reales. Pero como ocurre siempre que se fortalece la moneda criolla, los exportadores han

comenzado a alegar por la pérdida de competitividad.

Quienes miran Brasil desde la distancia podrían temer una devaluación. Ese sólo temor basta para que los especuladores empiecen a vender las acciones de las empresas brasileñas que tienen en su poder, lo cual las hace bajar de valor y puede originar una estampida bursátil.

Las autoridades económicas brasileñas, al igual que las del resto de América Latina, no se cansan de repetir que no tienen nada en común con México. El argumento más contundente es el sólido superávit comercial de Brasil, que en 1994 fue de más de diez mil millones de dólares.

El error, en todo caso, no ayuda a restaurar la confianza en el manejo económico de la región. Hace unas décadas se

hablaba del efecto dominó con referencia a los procesos políticos. Los EE.UU., por ejemplo, temían que el triunfo de un régimen de izquierda haría caer al gobierno de los países vecinos. Ahora el efecto dominó puede ser financiero, pues los observadores de otras latitudes perciben a América Latina como un todo. La idea de una "buena casa en un mal barrio", tan afín a los ideólogos de una concepción insular del desarrollo que a veces raya en el racismo, no es más que una ilusión. Los triunfos y los errores de cada país de América Latina reverberan sobre sus vecinos y se dejan sentir en los mercados mundiales.

Sociólogo y periodista, miembro del Consejo de Redacción de LA NACION.

PALOMO

ASÍ ES LA COSA DE LA TAQUILLA UN DÍA ESTÁS ARRIBA, OTRO ESTÁS ABAJO... ¿TE ACUERDAS QUE A SEQUEL LO LLAMABAN EL LECH WALESSA CHILENO?



BUÉH... AHORA AL POBRE WALESSA LO LLAMAN EL SEQUEL POLACO!